

ORACION

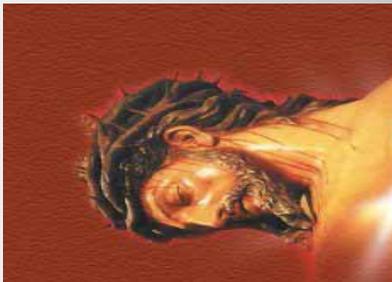
No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

*Javier Leoz
Parroquia de San Juan Evangelista
Peralta (Navarra/España)
Cuaresma 2006*



VIACRUCIS CON

SAN FRANCISCO JAVIER

1ª estación: Jesús es entregado

Pilato dijo a los judíos: '¿Pero cómo he de crucificar a vuestro rey?' respondieron los príncipes de los sacerdotes: 'Nosotros no tenemos más rey que el César'. Entonces se los entregó para que fuera crucificado" (Jn 19, 14-16)

Te entregaste, Señor, por nosotros. Por eso mismo, Jesús, aún pretendiendo otras grandezas, me lancé sin miedo ni temblor para hacer presente tu mensaje en los rincones más alejados de la tierra.

¡Cómo no iba a regalar parte de mis fuerzas y de mis afanes por aquel que todo lo dio, incluso, hasta su sangre en una cruz!



2ª estación: el Señor con la cruz auestas

"Los judíos tomaron a Jesús y cargándole la cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario" (Jn 19,17).

Muy pronto, Señor, en propias carnes entendí que, por tu causa, sería perseguido. La incomprensión y la soledad, las puertas cerradas y la dureza de muchos corazones, me hicieron sentir una cruz a veces insoportable. Sólo, bajando a lo más hondo de mis entrañas, encontraba la fuerza necesaria para seguir adelante, incluso con las cruces que, la misión evangelizadora, iba clavando en mi camino. En esa profundidad de mi ser, siempre te encontré a ti, Señor.



3ª estación: Jesús cae por primera vez

Han ofrecido mi espalda a los que me golpeaban, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba; no aparté la cara ni de los ultrajes ni de las salivas que me echaban" (Is 50,6)

El cansancio y la dureza de la aventura hicieron mella en mí, dueño y Señor. Eran más las necesidades que las posibilidades de hacerles frente, los castillos con los que soñaba que la realidad que me rodeaba. ¡Era tanto lo que quedaba por hacer! Pero, aún así Señor, Tú siempre estuviste a mi lado. Maduraba y me consolaba en aquella subida hacia el Gólgota donde, por cumplir la voluntad del Padre, Tú, mi hermano mayor –Jesús amado- pudiste levantarte para seguir y llegar hasta el final.



13ª estación: Jesús es bajado de la cruz

"Un hombre llamado José, el cual era del Consejo, hombre bueno y justo, de Arimatea, ciudad judía, quien esperaba también el reino de Dios, que no había estado de acuerdo en la resolución de ellos, en sus actos, fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. (Lc 23, 50-53)

En Belén, las manos de Santa María, te recibieron, Y, en el Gólgota, una vez más, te acariciaron. Allá te acogieron limpio y niño; en el Calvario, herido, humillado y con un amor maduro, sin condiciones y radicalmente entregado. También las mías, Jesús, supieron acogerte en cada eucaristía. En los momentos de amargura y de aparente soledad. También mis manos, Señor, te bajaron del cielo en cada eucaristía. Alabaron tu nombre en la oración. Te reconocieron en los rostros doloridos que salieron a mi encuentro.



14ª estación: Jesús es puesto en el sepulcro

"Un hombre llamado José, el cual era del Consejo, hombre bueno y justo, de Arimatea, ciudad judía, quien esperaba también el reino de Dios, que no había estado de acuerdo en la resolución de ellos, en sus actos, fue a ver a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Después lo bajó y lo amortajó en una sábana" (Lc 23, 50-53)

Nuestra vida, sin Dios, queda incompleta. Nuestra existencia orientada hacia El, cobra especial y eterno sentido. Mi cuerpo, cansado y abatido, espera lo que nos trajo el fruto del árbol de tu cruz: la redención.

Gracias, Señor, porque me sedujiste y me llamaste.

Gracias, Señor, por cambiar el rumbo de mis intenciones

Gracias, Señor, porque siendo débil como fui, me hiciste fuerte al ir contigo.

Gracias, Señor, porque en el silencio, añoro el día en el que podremos gozar, con todos los que creen en Ti, la eterna felicidad en el cielo.

Algunos pensarían que, con mi cuerpo enterrado, también el Evangelio habría acabado. Pero hoy, Señor, Tú sigues haciendo brotar y fructificar todo lo poco que fui e hice por Ti. Mi gozo fue anunciar tu vida, pasión, muerte para que el hombre supiera que, por Ti, está llamado a resucitar.



4ª estación: el Señor encuentra a su madre

"Una espada atravesará tu corazón" (Lc 2,35)

Vía del calvario, Señor, te diste de frente con aquella que te trajo al mundo: María, Madre. Ella, la Virgen, siempre está a punto y al amparo, en cada situación –sea dolorosa o de triunfo- de sus hijos.

También yo, amigo y Señor, por donde quiera que irrumpí, me encontré con el rostro de una Madre que me animaba en la tristeza, consolaba en la desolación y acariciaba en la enfermedad. No me preguntes por Ella, Señor. Ya sabes quien es y cual es su nombre: María, tu Madre, mi Madre, nuestra Madre. Nunca tan corto nombre, cinco letras, expresaron tanto amor.



11ª estación: Jesús es clavado en la cruz

"Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, crucificaron allí a Jesús y a los dos malhechores, uno a la derecha y el otro a la izquierda" (Lc 23,34)

En las decisiones de nuestra existencia luchamos y avanzamos, codo a codo, entre el bien y el mal. En la encrucijada de mi trabajo misionero tuve, en diversas ocasiones, la oportunidad de sentir de cerca la maldad y la bondad, la fidelidad y la traición.

En múltiples ocasiones fui tratado como malhechor y ladrón de conciencias. Como extranjero que despertaba recelo y hasta desconfianza. Pero, Tú Señor, hiciste que en muchos brotase la llama de la fe. Y, en otros, recé para que no tardasen mucho en abrirse al conocimiento de Ti.

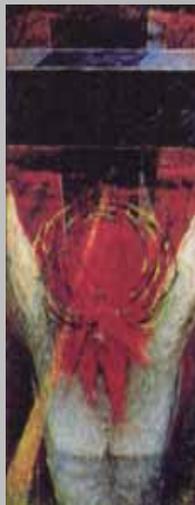
¡Perdónalos, porque no saben lo que hacen!



12ª estación: Jesús muere en la cruz

"Hacia la hora sexta, las tinieblas cubrieron la tierra hasta la hora nona. El sol se eclipsó y el velo del Templo se rasgó en medio. Y Jesús, con fuerte voz dijo: 'Padre en tus manos encomiendo mi espíritu'. Y al decir esto, expiró" (Lc 23, 44-46)

Mis ojos se perdieron en el horizonte del mar. Mis manos agarraron tu cruz que nos dio la vida. La luz de un simple cirio iluminaba la noche más trágica del hombre que no cree y la más esperada del que ansía el encuentro con el Amado. Allá, en mi Gólgota personal, con el murmullo de las olas del mar y la compañía de un amigo, cerré los ojos con el firme convencimiento de poder verte cara a cara en el cielo.



5ª estación: Jesús es ayudado por un cirineo

"Cuando llevaban a Jesús al Calvario, detuvieron a un cierto Simón de Cirene, que volvía del campo, y lo cargaron con la cruz, para llevarla detrás de Jesús" (Lc 23,26)

La pena, cuando se comparte, se divide por dos. Y la cruz, Señor, parece hacerse más llevadera y ser menos obstáculo, cuando se aguanta con los demás.

Recapacité, en muchas ocasiones, cuando Tú, camino del calvario, te dejaste ayudar por un cirineo.

Siendo Tú Dios, ¿dejarte socorrer por un débil?

Quiero agradecerte, Señor, las abundantes manos que enviaste cuando yo más las necesitaba o, incluso, cuando en el día a día me deje empujar por un cirineo mayor, constante, silencioso, fuerte, valiente, fiel y comprensivo: ¿Acaso no serías Tú, Señor?

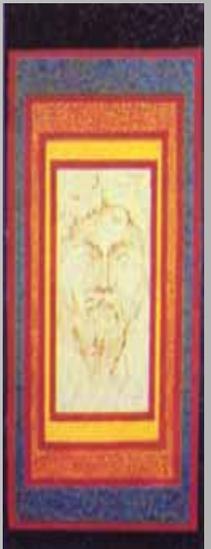


6ª estación: la verónica sale al encuentro del Señor

"Muchos se horrorizaban al verlo, tan desfigurado estaba su semblante que no tenía ya aspecto de hombre" (Is. 52, 14)

Mi fe, sustentada en Ti Señor, me ayudó a entender, que los rostros que sufren, son los cristos que andan por la tierra y nos hablan al oído. En hospitales y aldeas pude cuidarte, Señor. En los enfermos y tristes, conseguí besarte, Señor.

Y, cuando la prevención y la cobardía me colocaban límites, entonces me decía para mis adentros: es el mismo Señor; Entonces, hoy te lo digo porque lo sigo recordando, cuando miramos a Dios, somos capaces de las mayores hazañas, nunca imaginadas por nosotros, por los demás.



7ª estación: el Señor cae por segunda vez

"Eran nuestros sufrimientos los que llevaba, nuestros dolores los que pesaban... Ha sido traspasado por nuestros pecados, desecho por nuestras iniquidades..." (Is 53, 4-5)

Tu cansancio, Señor, justifica los nuestros. Si siendo Señor, caes, ¿cómo no vamos a desplomarnos aquellos de carne y hueso, cuando queremos y no podemos culminar el final de una promesa o de un ideal? También en mi itinerario en favor de tu Reino pude comprobar que, el peso de la fatiga, era más fuerte que los delirios de mis sueños. Pero, al día siguiente, con la oración y con los ojos puestos en Ti, de nuevo la cruz, la asentaba –no en el hombro- sino en la mano para llevarla y predicarla a todas las gentes.



8ª estación: Jesús habla a las mujeres de Jerusalén

"Seguían a Jesús una gran multitud del pueblo y de mujeres, que se golpeaban el pecho y lloraban por él, pero Jesús volviéndose a ellas, les dijo: 'Hijas de Jerusalén, no lloran por mí; lloran más bien por ustedes y por sus hijos'" (Lc 23, 27-28)

Tú, Señor, hablabas desangrándote y en medio de la mofa. Hoy, lo reconozco y también te confieso que –en muy parecidos momentos a los tuyos- me sedujiste para no renunciar en mi empeño. Quise hablar y a veces me callaron; quise proponer y otros más se sonrieron: pretendí gritar a los cuatro vientos que Tú eras el único Dios verdadero y, encontré oídos sordos y corazones obstinados. ¿Te digo una cosa, Señor? Nunca me arrepentí de hacerlo en tu nombre. Hoy, contemplándote, me siento satisfecho de no haber guardado silencio para que la semilla germinase en personas que, hoy todavía, siguen bendiciendo tu nombre.



9ª estación: Jesús cae en tierra por tercera vez

"Venid a mí todos los que estén cansados y oprimidos y yo los aliviaré. Carguen mi yugo sobre ustedes, y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso para sus almas" (Mt 11, 28-29)

Tú lo sabes, Señor, la carrera de la fe no siempre es fácil. Caemos cuando menos lo pensamos y, nos levantamos, cuando nos dejamos auxiliar por tu gracia. Puede más el cansancio de nuestros desvelos que la capacidad para recuperarnos y empezar de nuevo.

¿Qué haces, Tú Señor, para estando en el suelo levantarte junto con ese leño?

Aún recuerdo, en mis coloquios contigo, la respuesta que me diste: en todo cumplir la voluntad de mi Padre. Ese es mi mayor secreto para siempre alzarme y continuar adelante.



10ª estación: Jesús es despojado de sus vestidos

"Llegados al lugar llamado Gólgota le dieron a beber a Jesús vino mezclado con hiel, pero él, habiéndolo gustado, no quiso beber. Los que lo crucificaron se repartieron sus vestidos a suerte" (Mt. 27,33)

Al hombre le cuesta entender y asumir que, desnudo vino al mundo, y sin nada marchará de él.

Ganar el mundo, fue a primera vista, mi intención más sublime. Despojarme de esas pretensiones me dio la posibilidad de conocerte, de amarte y de intentar ganar el mundo, pero de otra manera, ya no para mí, sino para Ti y tu Gloria.

Gracias, Señor. No perdí nada, al contrario, fue mucho lo que conquisté aunque a simple vista me pareciera poco o nada. ¿De qué le sirve ganar al hombre todo si luego pierde su alma?

Gracias, Señor, porque al despojarme del vestido de la apariencia, me cubriste con el manto de la eternidad.

